



SEMINARIO INTERNACIONAL SOBRE ECONOMIA SOLIDARIA ANTE LA CRISIS DEL CAPITALISMO GLOBAL

La Crisis del Capitalismo y la Economía Solidaria como Paradigma de Transformación de las Relaciones Sociales de Producción en América Latina y el Caribe.

Prof. Bernardo Hirán Sánchez Melo
Profesor de Economía de la UASD
República Dominicana

Introducción

Hace unos 80 años, las bondades de la economía de mercado se vieron seriamente cuestionadas, cuando los países de economías desarrolladas se sumieron en una de las mayores crisis del capitalismo, conocida como la Gran Depresión. Mucho antes, Adam Smith había preconizado la bondad del mercado, dada su condición natural de asignar los recursos de manera eficiente y conducir la sociedad hacia la satisfacción plena de sus necesidades, como si hubiera una suerte de mano invisible. Desde entonces, los economistas convencionales sostuvieron, y aun sostienen, con una fé propia de los creyentes más acérrimos del dogma religioso, el argumento de la autorregulación de los mercados. De modo que, ante los desajustes de la economía, bastaría con que entraran en operación las fuerzas restauradoras del mercado, para lograr la recuperación, esto en un horizonte de largo plazo. Aun a sabiendas de que, tal y como replicó Keynes, en el largo plazo todos estaremos muertos.

Así, a pesar de la lección, no aprendida de la Gran Depresión, la actual crisis, iniciada en Norteamérica, pareciera un resultado de un acontecimiento aislado, fortuito, algo así como uno de esos eventos raros que sólo suceden una vez cada cien años, imposibles de prever. Todo esto, a sabiendas de que una crisis tras otra, se estima en más de un centenar a escala mundial en los últimos 30 años.

Muchos economistas ubican la génesis de la actual crisis, en la crisis estructural de los años setenta del siglo pasado. Pues, como se reconoce, esa crisis señaló el fin del largo periodo de estabilidad estructural del capitalismo iniciado en la posguerra; señalada como “crisis del modo de regulación” y del régimen de acumulación fordista. En tanto, otros economistas, le achacan a la liberalización y la globalización ser los causantes históricos de las “grandes crisis del capitalismo”.

En particular, cuatro acontecimientos fundamentales marcaron el inicio de la crisis de los años setenta del siglo pasado, a saber:

- La baja de la tasa de ganancia en los principales sistemas productivos del mundo.
- El ascenso de Japón y Alemania (de La Unión Europea, en un sentido más amplio) como potencias rivales de Estados Unidos y la agudización de la competencia en los mercados internacionales y en los propios mercados internos de los países.
- El comienzo de la declinación de la hegemonía estadounidense
- La crisis del sistema monetario financiero internacional de Bretton Woods, lo que implicó el fin del patrón oro-dólar y del régimen de tipos de cambio fijos.

De modo que la crisis de los setentas desencadenó un conjunto de procesos de destrucción y reestructuración de los sistemas productivos, así como de las instituciones y de las políticas económicas de los gobiernos.

Para hacer frente a los problemas de valorización del capital que condujeron a la crisis, los segmentos más poderosos del capital y los gobiernos de las principales economías desarrolladas impulsaran un conjunto de transformaciones, entre las que destacan las siguientes:

- La adopción de una ofensiva de gran envergadura del capital contra el trabajo, que aún continúa, con el fin de contrarrestar la caída de la tasa de ganancia. Entre las acciones se encuentra: el uso de métodos inflacionistas en la fijación de los precios; el incremento de la intensidad del trabajo; la “flexibilización” de las normas laborales; el desmantelamiento de la seguridad social y de los sistemas de bienestar; y la utilización de políticas de abatimiento de costos, basados en el recorte de empleos.

- La búsqueda de salidas en los mercados externos ante la contracción de los mercados internos, lo que se tradujo en una aceleración del comercio exterior, de la inversión extranjera directa y de los movimientos internacionales de capital de portafolio.
- La liberalización, apertura externa y desregulación de los mercados de bienes y de activos financieros.
- La instauración de un “régimen de acumulación con dominación financiera” (Chesnais, 1994), es decir el proceso mediante el cual la economía se “financiarizó” y las finanzas impusieron su lógica de operación al conjunto del sistema.

En otras palabras todos estos procesos - globalización, “flexibilización” de los mercados de trabajo, liberalización, desregulación comercial y financiera, así como la instauración de un *régimen de acumulación con dominación financiera*, fueron los buques insignias del gran capital y los países altamente industrializados, en búsqueda de una salida de la crisis. Se trataba de encontrar nuevas vías a la reproducción del capital y de modificar las relaciones entre el capital y el trabajo, en favor del primero.

A la actual crisis le antecede, el período de expansión de la economía norteamericana de los años noventa del pasado siglo. Sólo que, la población norteamericana, y con ella la población mundial, no visualizaban que la burbuja inmobiliaria, que vino a ocupar el lugar dejado por la pasada burbuja de la “nueva economía”, se desinflaría en un periodo relativamente corto. La euforia creada por el auge de la llamada “nueva economía”, sustentada en el desarrollo de la informática, el Internet y las telecomunicaciones, asociada a la globalización, llevaron a algunos a postular, como sucede en las fases duraderas de auge, el fin del ciclo económico y de las crisis.

Sin embargo, la historia cambiaría bruscamente, pues el largo periodo de expansión de los noventa concluyó en una crisis financiera, justo iniciado el nuevo milenio, en el año 2000, dando lugar al desplome de las bolsas de valores de la mayoría de los países industrializados; agravada por el ataque terrorista del 11 de septiembre de 2001. Sin embargo, contrario a lo que muchos economistas esperaban, la recesión fue benigna, por lo que las amenazas reales de deflación sustentadas en los altos niveles de endeudamiento alcanzados con el boom, se disiparon.

En efecto, contrario al curso seguido por la economía japonesa de los noventa, la economía norteamericana mostraba signos de mejoría, a inicios del 2002, al recuperarse el crecimiento del PIB, aunque a tasas menores a las logradas en la recién concluida década de los noventa. La

recuperación fue factible por la continuidad del boom inmobiliario. El valor de la propiedad poseída por los habitantes de EE.UU. se elevó de alrededor de 10 billones (*trillions*) de dólares en 2000 a cerca de 20 billones en 2005, testimoniando una de las burbujas más grandes de la historia. En el periodo 2000-2002, los precios de las casas aumentaron 7.5% al año, más del doble de la tasa registrada en los años anteriores. Más tarde, en 2006 alrededor del 69% de las familias eran propietarios de sus casas, contra 64% en 1994 y 44% en 1940.

Luego, el “efecto riqueza” se mantuvo a pesar del desplome bursátil. La atracción de sustanciales flujos externos de capital permitió la continuidad en el crecimiento del consumo privado y de las importaciones, así como el mantenimiento de las tasas de inversión. La “burbuja inmobiliaria” sustituyó a la “burbuja de la nueva economía”.

Como afirmó Robert Samuelson (citado por Greenspan, 2007: 230): “El boom inmobiliario salvó la economía (...) Hartos del mercado de acciones, los estadounidenses se volcaron en una orgía de bienes raíces”. Máxime, en un ambiente de baja en las tasas de interés.

“La poca profundidad de la recesión pareció ser una consecuencia de las fuerzas económicas globales que habían bajado las tasas de interés a largo plazo y habían encendido un alza pronunciada de los precios de las casas en muchas partes del mundo. En Estados Unidos las casas se habían incrementado tanto en su valor que las familias sintiendo la euforia, parecían más dispuestas a gastar”. “El gasto de los consumidores cargó con la economía en el malestar post-9/ 11, y lo que sostuvo el consumo fue la vivienda”.

Entonces vino la debacle, del sector inmobiliario, cuyos indicios de colapso se remontan a comienzos de 2007, conduciendo las economías desarrolladas a una de las crisis financieras de mayor proporción con efectos sistémicos. En efecto, los siguientes datos muestran la gran burbuja inmobiliaria que se había creado al verificarse que, tan sólo, entre 1997 y 2006, los precios de los bienes raíces se dispararon 93%, contrario a los cien años anteriores, cuando los precios oscilaron entre 10% o 20% en cada ciclo, hacia arriba o hacia abajo, dependiendo de las condiciones de la acumulación de capital.

Los problemas en el sector inmobiliario se hicieron visibles a principios de 2007. La venta de casas disminuyó sensiblemente durante el primer trimestre de 2007, sobre los ya deprimidos datos de 2006.

En tanto, la burbuja inmobiliaria fue alimentada por la política monetaria laxa seguida por la FED para evitar el pánico que siguió al derrumbe de las Torres Gemelas, y por el temor de que la economía estadounidense desembocara en un proceso de deflación generalizada, lo que alentó extraordinariamente el endeudamiento y el carrusel de nuevos instrumentos financieros, de bonos y obligaciones, así como de instrumentos derivados.

Una vez saturado el mercado, al final del *boom* inmobiliario, entra en escena los llamados préstamos *subprime*, concedidos a grupos de bajos ingresos, bajo condiciones leoninas, riesgosos y sin garantías (Jorion, 2008).

En efecto, los primeros síntomas de fragilidad financiera se presentaron en las hipotecas *subprime*. La cartera vencida en estos créditos concedidos sin garantías y con alto riesgo, comenzó a crecer como la espuma. Las Sociedades hipotecarias debilitaron seriamente su posición financiera. Estos problemas coincidieron con bajas en las ganancias corporativas en otros sectores, primero en las líneas aéreas y luego, destacadamente, en la industria automotriz estadounidense, la cual enfrenta pérdidas severas desde hacia varios años, agobiada por la competencia de las firmas japonesas y europeas.

En julio de 2007, la tormenta arreció. El mercado de bonos y de derivados vinculado a los préstamos hipotecarios, se quebrantó. El castillo de naipes edificados en torno a los mercados basados en las obligaciones, construido a lo largo del *boom* inmobiliario originado en los noventas, se vino abajo. Durante el auge, el mercado de obligaciones y de derivados funcionó sin contratiempos. Los bancos acreedores de las hipotecas liberaron recursos mediante la titulación de las carteras y trasladaron los riesgos al mercado de obligaciones. Los riesgos se diversificaron y se diluyeron entre una cadena de intermediarios financieros (bancos de inversión, fondos institucionales, aseguradoras, etc.). En tanto, los intermediarios no bancarios se beneficiaron de las comisiones y del alza de los precios de los bonos, alegremente valorados con alta calificación por las agencias calificadoras, para luego verlos convertidos en bonos basura.

Por su parte, las bolsas de valores, una vez recuperadas por la crisis del mercado tecnológico (NASDAQ), acumularon durante la primera mitad de 2007 altas ganancias beneficiándose del boom inmobiliario y del crecimiento generalizado de las economías alrededor del globo. Bienes raíces, obligaciones y acciones se retroalimentaban en una espiral ascendente, en donde las hipotecas diseñadas para promover la refinanciación de viviendas, dieron lugar a un esquema piramidal que

generaban miles de millones de dólares en honorarios para la compañía hipotecaria mientras los precios de la vivienda siguieran aumentando. Pero en julio de 2007, las bolsas comenzaron a resentir los efectos de la crisis inmobiliaria. En septiembre las bolsas vivieron una relativa calma, pero a partir de octubre no dejaron de experimentar fuertes sacudidas conforme la crisis se profundizaba. Dando lugar, posteriormente, a la caída bursátil, como resultado del traslado de la debilidad en el mercado inmobiliario y de la construcción al mercado de bonos, afectando toda la cadena financiera (bancos, bancos de inversión y fondos institucionales).

La crisis no se circunscribe a Estados Unidos, sino que afecta también a las mayores economías del mundo y a las emergentes; esto así dado que, el auge inmobiliario no fue un fenómeno privativo de la economía estadounidense, sino que abarcó a muchas economías, en tanto la globalización financiera, arrastró consigo a bancos e intermediarios financieros europeos y de otros países.

En particular, para la comprensión adecuada de la crisis inmobiliaria actual es necesario tener claro lo que significó la implantación de “un régimen de acumulación con dominación financiera”. Éste implicó un cambio cualitativo en la lógica de la reproducción de capital. En él, la esfera financiera predetermina la economía real y somete ésta a sus necesidades. Las formas de gestión de las corporaciones se modifican, sujetando su funcionamiento a las necesidades de rentabilidad de corto plazo. Las firmas se “financiarizan”. Lo que importa ahora es el valor accionario de la corporación y aumentar los ingresos de la misma, mediante la participación activa de sus tesorerías en los mercados financieros. La rentabilidad de las empresas y los ingresos de sus directivos pasan a depender crecientemente del valor de sus acciones en la Bolsa.

A tres años de iniciada la actual crisis del capitalismo, caracterizada por las enormes pérdidas registradas en los mercados financieros y del alto costo de los rescates y de las inyecciones de liquidez efectuadas por los bancos centrales, no se ha logrado superar los efectos adversos sobre la economía mundial, si bien ha habido ciertos indicios de recuperación en determinados sectores, con lo cual se mantiene aun la recesión de alcance global.

Por otra parte, si bien lo que nos interesa en el marco de este evento es destacar la crisis del capitalismo mundial, en su contexto económico, no debemos olvidar que por su naturaleza el capitalismo, además de conducir a la creciente profundización del derrumbe del sistema financiero, iniciado en la presente década con la crisis inmobiliaria, es responsable directo de la crisis que en la

actualidad enfrenta el mundo en el orden ecológico, derivados del calentamiento del planeta, así como de la crisis energética y la misma crisis alimentaría.

A todo esto, los argumentos de aquellos que creen en los mercados libres, acaban de chocar con la cruda realidad, y en no pocos casos se han visto en la necesidad de invocar la mano salvadora del Estado, debiendo intervenir para tratar de mantener la economía, ni siquiera en el pleno empleo, sino apenas aflote. Si bien, la Gran Depresión minó la confianza en la macroeconomía (la capacidad de mantener el pleno empleo, la estabilidad de precios y el crecimiento sostenido), la que está siendo ahora destruida es la confianza en la microeconomía (la capacidad de mercados y empresas de asignar eficientemente trabajo y capital).

Como resultado de la crisis se ha ahondado la contradicción entre el capital y el trabajo, primero, debido a la profundización en la retribución de los factores de producción, distanciándose aun más la distancia entre los extremos en la escala distributiva de la renta, esto como consecuencia de la caída del empleo y el ingreso, que como se sabe afecta en mayor escala a los sectores más vulnerables de la población. Por otro lado se ha incrementado la pobreza y la indigencia y riesgo el de empobrecimiento. Así como la vulnerabilidad empresarial, especialmente las PYMES.

En lo que respecta a nuestra Región, las lecciones económicas extraídas de los fracasos de los ochenta y de los noventa ha permitido a América Latina sortear la crisis global actual en mejor situación, que otras anteriores. Sin embargo, tal y como señalan los informes de organismos internacionales, en el aspecto económico, así como en otras partes, tanto la producción industrial como los volúmenes del comercio internacional disminuyeron pronunciadamente frente a la abrupta contracción de la demanda global. Hacia octubre de 2009 la producción industrial estaba 5.3 por ciento abajo de su nivel de agosto de 2008, aun cuando en meses recientes se ha estado recuperando a una tasa anualizada de 9.8 por ciento. En forma similar, el volumen de exportaciones regionales cayó 25 por ciento en los primeros meses de la crisis y apenas comienza a recuperarse. La baja de precios de los productos básicos significó que el valor de las exportaciones descendiera en forma aún más profunda, lo cual contribuyó a una disminución de ingresos en muchos países de la región.

En lo que respecta al sector de la economía social, se destaca su carácter de agente económico creador de empleo, especialmente por su cualidad contrastada de favorecer el mantenimiento del empleo que crea, tanto en momentos de pujanza económica como en épocas de crisis.

En las actuales circunstancias, el sector de la economía solidaria debe constituirse en paradigma de los sectores empresariales, sociales e institucionales, debiendo ser la vanguardia del desarrollo, a pesar de lo desfavorable que resulta para este sector dadas las tempestades globalizantes, que traen consigo una desahogada competencia comercial y una agresiva competitividad empresarial, y que evidentemente, producto de los profundos cambios institucionales, políticos y sociales que de manera irreversible se avizoran conducirán a un nuevo orden económico mundial.